

**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<https://doi.org/10.5209/cmpl.84158>EDICIONES  
COMPLUTENSE

## Paisajes monumentales: análisis espacial del dispositivo amurallado del castro de Baroña (Porto do Son, A Coruña)

Rodrigo González-Camino<sup>1</sup>; David González-Álvarez<sup>2</sup>

Recibido: 20/12/21 // Aceptado: 09/09/22

**Resumen.** Se plantea que la elección de una determinada ubicación, la constitución material y la organización interna de los poblados fortificados de la Edad del Hierro en el noroeste peninsular se deben a una cualidad aprehensiva del espacio y no únicamente a necesidades productivas o defensivas. Se aplica una metodología basada en análisis geoespaciales para estudiar los dispositivos defensivos de los castros, tomando el enclave de Baroña como caso de estudio. Los resultados nos llevan a apuntar que la morfología y localización del castro, junto a la poliorcética de su sistema defensivo, responden a la búsqueda por parte de sus habitantes de una percepción de seguridad. Esto se vincularía con una tradición constructiva heredada de un pasado conflictivo previo a la Edad del Hierro.

**Palabras clave:** arqueología del paisaje; fenomenología; Edad del Hierro; castros gallegos; sociedad

### [en] Monumental landscapes: spatial analysis of the defensive structures in the Baroña hillfort (Porto do Son, A Coruña)

**Abstract.** The selection of specific locations for Iron Age hillforts in the North-west of the Iberian Peninsula, along their material constitution and their internal organisation are proposed to be determined by an apprehensive quality of space and not only by productive or defensive needs. We apply a methodology based on geospatial analysis to assess the defensive devices of hillforts, relying on the site of Baroña as our case study. The results lead us to suggest that the morphology and location of the site, together with the poliorcética of its defensive system, respond to the inhabitants' search for a perception of security. This would be related to a building tradition inherited from a conflictive past prior to the Iron Age.

**Keywords:** landscape archaeology; phenomenology; Iron Age; Galician hillforts; society.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Contexto para el debate. 2.1. Testigos monumentales: los castros en el paisaje de la Edad del Hierro. 2.2. Las murallas castreñas en el paisaje social y simbólico del noroeste ibérico. 3. Caso de estudio: El castro de Baroña. 4. Planteamiento y objetivos. 5. Metodología y Materiales. 5.1. Teledetección: Captura, procesado y análisis de datos geoespaciales mediante TIG. 5.2. Análisis geoespaciales. 6. Presentación de resultados. 6.1. Sobre las murallas de Baroña. 6.2. Análisis geoespaciales. 7. Discusión: de la lucha por el suelo a la lucha por el paisaje. 7.1. Las murallas de Baroña, ¿reflejo necesario de un mundo conflictivo?. 7.2. El cinturón defensivo de Baroña: dispositivo modulador de la percepción del paisaje. 7.3. Baroña: una localización orientada a la experiencia estética. 8. Conclusiones. Financiación. Materiales suplementarios. Bibliografía.

**Cómo citar:** González-Camino, R.; González-Álvarez, D. (2022). Paisajes monumentales: análisis espacial del dispositivo amurallado del castro de Baroña (Porto do Son, A Coruña). *Complutum*, 33 (2): 455-479.

<sup>1</sup> Técnico de investigación, Programa INVESTIGO, Xunta de Galicia. Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)  
e-mail: [rodrigo.gonzalez-camino@incipit.csic.es](mailto:rodrigo.gonzalez-camino@incipit.csic.es)  
ORCID: 0000-0001-6673-8735

<sup>2</sup> Investigador postdoctoral Juan de la Cierva-Incorporación. Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)  
e-mail: [david.gonzalez-alvarez@incipit.csic.es](mailto:david.gonzalez-alvarez@incipit.csic.es)  
ORCID: 0000-0001-7021-9321

## 1. Introducción

Partiendo desde modelos de poblamiento dispersos e itinerantes propios de la Edad del Bronce (Méndez Fernández 1994), el tránsito hacia la Edad del Hierro en el noroeste de la península ibérica pauta la cristalización de paisajes centralizados organizados alrededor de los castros (Carballo Arceo 1996; Parcero-Oubiña 2002; González Ruibal 2006-2007; Marín Suárez 2011). Estos asentamientos determinarán unas formas de poblamiento con una vigencia aproximada de un milenio, entre los siglos IX y I a.C (Jordá-Pardo *et al.* 2009, 2020). Los castros adoptan un patrón locacional marcado por su monumentalidad, fundamentada en procesos de arquitecturización con la construcción de sistemas defensivos de gran entidad. A ello se añade la selección para su emplazamiento de lugares destacados en su entorno que articulan los paisajes sociales y productivos de estas comunidades (Parcero-Oubiña *et al.* 2007). Este modelo social se verá radicalmente transformado a partir del cambio de era, con la extensión de la estructura administrativa romana (Costa-García 2018). Algunos de esos poblados permanecerán ocupados más allá del siglo I d.C., aunque cumplirán funciones singulares dentro del esquema político y productivo propio de la realidad sociopolítica romana (Sastre Prats 2001; Marín Suárez y González-Álvarez 2011; Fernández Ochoa y Morillo Cerdán 2015).

El carácter fortificado del poblamiento da lugar a uno de los ejes más fructíferos para la

reflexión arqueológica en el estudio de las comunidades castreñas del noroeste ibérico, por las lecturas interpretativas que se derivan de esta realidad (Sastre Prats 2008; González Ruibal 2012; Parcero-Oubiña *et al.* 2017). Desde hace décadas se debate acerca de la funcionalidad de los dispositivos de defensa observables en los castros. Lo cual abona la formulación de consideraciones interpretativas sobre el papel de la violencia en estas sociedades, los modelos posibles de organización social, las relaciones intercomunitarias, o los procesos sociales de antropización del paisaje, entre otros temas. Este trabajo plantea nuevas propuestas y reflexiones para el debate, analizando la percepción de las murallas de la Edad del Hierro desde el interior y el exterior de un castro. Para ello, empleamos Tecnologías de Información Geográfica (TIG) y consideramos nuevos ángulos interpretativos provenientes de la estética y la fenomenología. Esta estrategia investigadora es desplegada en uno de los castros más conocidos del noroeste ibérico: el castro de Baroña (Porto do Son, A Coruña) (Figura 1). Con esta investigación se pretende avivar el debate sobre el carácter fortificado/monumental de los poblados de la Edad del Hierro, en conexión con investigaciones previas en el noroeste ibérico (Berrocal-Rangel 2004; Parcero-Oubiña 2005; Fábrega-Álvarez 2020) y otros territorios de la Europa templada (Büchsenschütz 1984; Bowden y McOmish 1987; Hingley 1990; Sharples 1991) donde se han planteado discusiones convergentes con las que atraviesan este estudio.



Figura 1. El castro de Baroña se asienta sobre una pequeña península granítica rodeada por el mar, conectada a la costa únicamente por un estrecho istmo arenoso.

El artículo parte con una contextualización teórica del tema investigado, valorando particularmente los debates sobre la funcionalidad de las murallas en los castros del noroeste ibérico. A continuación, se introduce el caso de estudio que sostiene esta investigación, definiendo los objetivos que guían nuestro estudio. Tras la descripción de los métodos y materiales empleados, el trabajo presenta los datos producidos en el transcurso del estudio, incluyendo descripciones de los rasgos arqueográficos observados, además de presentar los resultados de los análisis geoespaciales. Finalmente, se discuten y recapitulan las conclusiones obtenidas, así como las posibilidades futuras de investigación en relación con la monumentalidad castreña en el noroeste de la península ibérica.

## 2. Contexto para el debate

### 2.1. Testigos monumentales: los castros en el paisaje de la Edad del Hierro

Los castros constituyen las unidades básicas en términos sociales, productivos y poblacionales para el análisis de los paisajes de la Edad del Hierro en el noroeste ibérico (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998). En efecto, este modelo de poblamiento fortificado será hegemónico durante todo el I milenio a.C., y su estudio arqueológico refleja en buena medida los cambios en las perspectivas teóricas de la Arqueología regional, así como sus desarrollos metodológicos (Fernández-Posse 1998; Ayán-Vila 2015).

Las comunidades castreñas se presentan como grupos relativamente aislados y autosuficientes (Sastre Prats 2008), en los que las familias constituyen la unidad básica de producción y consumo. Cada una de ellas posee, en su complejo residencial, los mismos elementos y distribuciones semejantes, incluyendo estructuras de almacenaje, de habitación, de procesado y producción de alimentos (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998). A medida que avanza la Segunda Edad del Hierro, algunos de estos parámetros se regionalizan (Ayán-Vila 2013), vinculándose a la diversidad de los modelos sociopolíticos propuestos por González Ruibal (2012).

Las excavaciones sistemáticas en estos yacimientos sostienen diferentes propuestas interpretativas sobre cuestiones sociales, polí-

ticas, religiosas y culturales que modulan las aproximaciones arqueológicas posibles a la Edad del Hierro en el noroeste ibérico (Parcerro-Oubiña 2005; González Ruibal 2006-2007). En estos debates, el papel de la violencia entre las comunidades vecinas ha sido uno de los aspectos más discutidos, sirviendo de base para analizar el sentido social de las murallas de los castros, la estructura social de las comunidades o las relaciones de poder intra e intergrupales.

### 2.2. Las murallas castreñas en el paisaje social y simbólico del noroeste ibérico

Las evidencias asociadas al conflicto observables en el registro arqueológico entre los siglos VIII y I a.C. son insuficientes para generar una visión nítida sobre el papel de la violencia. Si bien es necesario considerar que su escasez pueda estar condicionada por factores deposicionales o edafológicos (Parcerro-Oubiña 2003; González García 2006), la Arqueología del noroeste no dispone, por el momento, de pruebas que ratifiquen la existencia de grupos guerreros o sistemas de conflicto continuado que justifiquen el amurallamiento de los poblados. Antes de la Edad del Hierro encontramos útiles metálicos de prestigio y piedras panoplias de la Edad del Bronce (Santos-Estévez 2007; Vázquez Martínez *et al.* 2018) que denotan alguna clase de culto a las armas y a los usos guerreros. A finales del mismo periodo se desarrolla una tendencia escultórica, comúnmente llamada galaico-lusitana (Calo Lourido 2003; Rodríguez Corral 2012), que tiene como objeto representativo a un individuo armado con puñal y *caetra*. Entre ambas, apenas hay evidencias materiales relacionables con dinámicas de conflicto.

La primera intención de fortificación en el noroeste ibérico se manifiesta en el Bronce Final, hacia el siglo X a.C. En este contexto, puede entenderse como una transformación necesaria para una sociedad que transitaba hacia la configuración de un paisaje campesino, construyendo nuevas dinámicas a la hora de relacionarse y estructurar su espacio (Parcerro-Oubiña 2003: 271). Los anteriores síntomas de prestigio de la Edad del Bronce, basados en la acumulación de útiles metálicos, en otros elementos muebles o en el parentesco (Ruiz-Gálvez 1998), dan paso a un nuevo esquema donde el prestigio se traslada del ámbito privado al comunitario, asociándose ahora a la constitución del poblado y, como icono de

éste, a su cerco fortificado (González Ruibal 2006-2007: 154).

En esta ruptura del cambio de milenio, la transición hacia la Primera Edad del Hierro se consolida con la valorización del territorio, soporte de un poblado estable y duradero. Los bienes muebles arriba citados escasean en el registro, mientras las élites se ven limitadas por la tendencia hacia el comunitarismo. Todos estos cambios cristalizarán a partir del siglo VIII a.C. a medida que las comunidades, exaltando su carácter grupal, proyecten el capital simbólico a las murallas de sus poblados. En este momento la fortificación representa a la comunidad; el prestigio es socializado a través de un portento monumental que pertenece a todos los miembros del grupo (González Ruibal 2006-2007: 265-266). Será este motivo lo que lleve a las comunidades a invertir un grado de trabajo y esfuerzo en su cerco mural que no encuentra precedentes en fases anteriores (Torres Martínez *et al.* 2015: 75-76).

Las murallas de los castros actuarían en todo este período como un vector vertebrador del paisaje social del mundo castreño. En primera instancia, su necesidad puede estar asociada a la plena sedentarización de estas sociedades a fines del Bronce Final, vinculándose a partir de la Edad del Hierro a un determinado territorio. La violencia se convertirá en un útil argumento para fortalecer la cohesión grupal en cada castro, donde cada individuo deberá luchar cuando llegue el momento: desaparecen las “sociedades con guerreros” para dar paso a “sociedades guerreras” (Marín Suárez y González-Álvarez 2011: 199). En este nuevo contexto, el control de los espacios productivos emerge como un horizonte posible para el conflicto y, en consecuencia, también lo hace la necesidad de defenderlo y conservarlo. La fortificación y monumentalización de los focos articuladores de esos nuevos paisajes sociales (los castros) surge como un discurso material posible en dicho escenario. Ratifica de forma monumental la raigambre del grupo en un territorio dado, a la vez que proyecta las tensiones internas hacia el exterior de la comunidad. Así, el conflicto se presenta como una eventualidad ajena al castro (vid. González García 2009), a diferencia de los formatos de conflicto propuestos para otras áreas peninsulares (Moret 2001: 140; Berrocal-Rangel 2008: 182), adoptando probablemente formas de marcado carácter ritual.

La discusión radica, precisamente, en los usos y sentidos que pudieron poseer esos dis-

positivos una vez concluyó la fase de conflicto que dio origen al período y, a su vez, qué nociones culturales de sus habitantes permearon en la construcción de los paisajes fortificados propios de la Edad del Hierro. El registro arquitectónico testimonia la forma en que se reprodujeron las sociedades del pasado. La materialidad no solo requiere esfuerzo físico, sino también una proyección conceptual que denota la manera en que esa sociedad racionalizaba el espacio. Consecuencia de ello, la noción de ser-en-el-mundo de estas comunidades puede leerse en la materialidad del paisaje, que nos muestra información sobre la estructura sociopolítica y simbólica de sus productores (Gosden 2001: 163; Criado-Boado y Mañana-Borrazás 2003: 104; Berrocal-Rangel 2004: 79; Parcero-Oubiña 2005: 11; González Ruibal 2012: 264). En definitiva, el paisaje como construcción social se constituye como la escenificación de las relaciones sociales dentro y fuera de una comunidad (Criado-Boado 1993; Ingold 2000). Por otra parte, como espacio y entorno, el paisaje se relaciona con los individuos de un modo más inmediato e irracional (Hamilton *et al.* 2006; Škorić y Kišjuhas 2020), trascendiendo a la cultura y tradición de estas comunidades. Sobre esta base, reflexionaremos acerca de los sentidos posibles de las fortificaciones castreñas de la Edad del Hierro en el noroeste ibérico, centrando nuestros análisis en un caso de estudio singular. Siguiendo las propuestas que algunos autores (Tilley 1994), resulta posible reflexionar sobre el papel activo de los dispositivos amurallados de los castros en las experiencias vividas por los grupos y personas coetáneas a su ocupación. Tales objetivos resultan útiles para avivar el debate, formular nuevas hipótesis, y plantear preguntas imaginativas, asumiendo los límites de tales propuestas (Brück 2005).

### 3. Caso de estudio: El castro de Baroña

El castro de Baroña se encuentra en un espón en la línea de costa de la parroquia de San Pedro de Baroña (Porto do Son, A Coruña), al norte de la península de Barbanza (Figura 2). Ocupa una reducida extensión de 2,5 ha, aunque la singularidad paisajística de su entorno le confiere una pintoresca monumentalidad que en la actualidad no pasa desapercibida (Figura 3), como tampoco habría pasado, imaginamos, en el tiempo en que estuvo habitado.

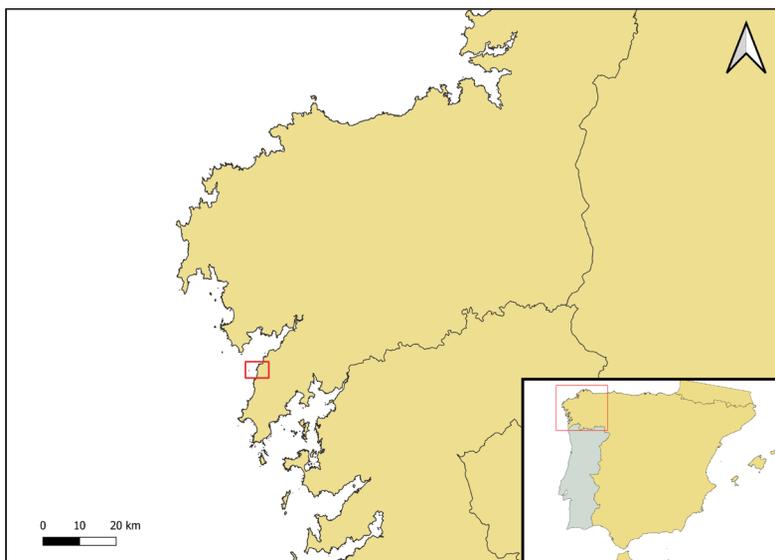


Figura 2. Localización del castro de Baroña en la península de Barbanza (A Coruña).

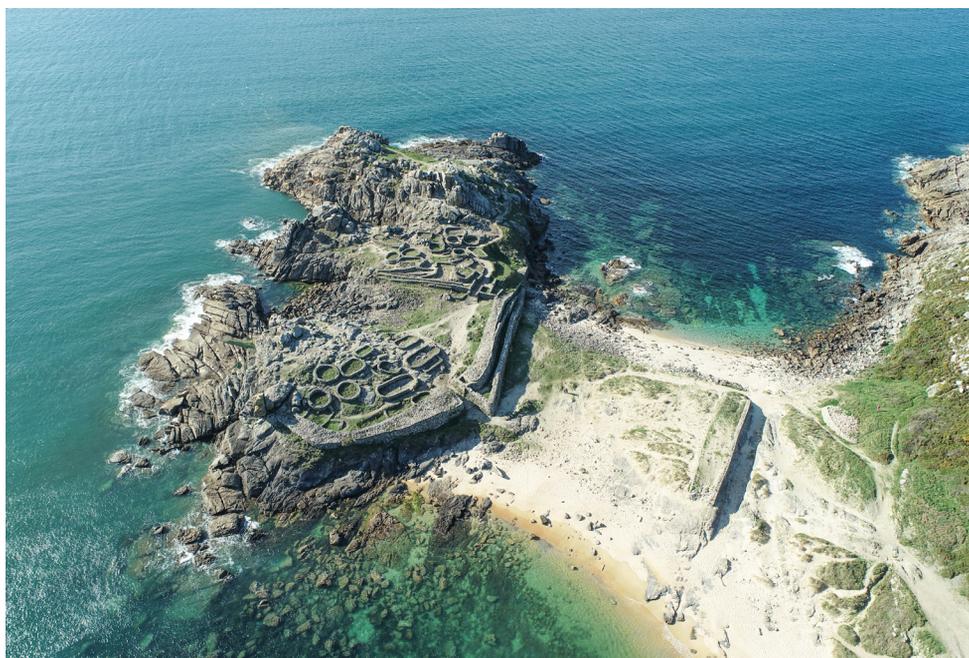


Figura 3: El castro de Baroña destaca en el paisaje circundante, con una presencia determinada por su emergencia desde el mar y la monumentalidad que le otorgan sus murallas. En la imagen se observan el muro M1 que corta el istmo y el cinturón perimetral M2.

El entorno de Baroña presenta evidencias de una larga ocupación, atestiguada por la presencia de túmulos neolíticos, como las *mámoas* de Bouza do Rial, Pedra Cavada, Montemuíño, Chans da Raña y Cámara do Curro; así como estaciones con arte rupestre postpaleolítico, como Braña das Pozas, Outeiro de Pedra Bícula, Monte da Gurita o Laxe de Sartaña (Concheiro Coello 1996: 8; Fábregas Valcarce *et al.* 2008). De épocas previas, encontramos también evidencias materiales en el propio yacimiento de Baroña, donde se han registrado hachas de tipo Barcelos y piezas de

industria lítica halladas por Sebastián González García-Paz en la excavación de 1933 (vid. Calo Lourido y Soeiro 1986). Por supuesto, en el entorno encontramos otros poblados de la Edad del Hierro, constatándose su ocupación más allá del cambio de era (Figura 4).

El atractivo de este poblado castreño ha hecho que fuese excavado en numerosas ocasiones. Sebastián González García-Paz en 1933, José María Luengo Martínez en 1969-1970, Francisco Calo Lourido entre 1980 y 1984, Ángel Concheiro Coello entre 1994 y 1996, y

de nuevo en la última década, además de Luis Francisco López González en 2007 y en 2014-2015, han realizado intervenciones en Baroña, hasta convertirlo en uno de los castros con mayor superficie excavada y más estructuras exhumadas del noroeste, junto a otros castros señeros como los de Santa Trega (A Guarda, Pontevedra), San Cibrao de Las (San Amaro/Punxín, Ourense), Castromao (Celanova, Ourense), Borneiro (Cabana de Bergantiños, A Coruña), Viladonga (Castro de Rei, Lugo) o Coaña (Asturias).

Hace unas décadas se asumía una secuencia de ocupación corta para el castro, entre el siglo I a.C. y el II d.C., con tres fases constructivas sucesivas (Calo Lourido y Soeiro 1986). Por otra parte, la situación del castro en un espolón cuya morfología y superficie condicionan notablemente su capacidad habitacional, su limitada accesibilidad a los recursos próximos, la disposición de sus estructuras y la relación del poblado con otros hitos próximos de cronología anterior (García-Quintela y González-García 2016), sugieren para algunos autores que Baroña habría sido escenario de actividades desde la Edad del Bronce. La ampliación de su marco cronológico ha sido defendida también por autores como César Parcero (2000) o Luis Francisco López González (2015), quien apunta una cronología fundacional en la Segunda Edad del Hierro atendiendo a los morfotipos cerámicos y al análisis de la primera fase constructiva (López González 2015: 119). Hasta el momento, no se dispone de dataciones radiocarbónicas publi-

casadas que esclarezcan con mayor precisión la cronología de Baroña.

El carácter de sus murallas ha sido motivo de debate desde la década de 1980. Ya entonces, la dificultad de acceso a agua potable desde el poblado llevó a sus excavadores a dudar de su capacidad para resistir un asedio, poniendo en cuestión la utilidad de su sistema defensivo (Calo Lourido y Soeiro 1986). Estas consideraciones previas motivaron la elección del castro de Baroña como caso de estudio, pues partíamos de cuestionamientos ya enunciados que valoraban la ineficacia poliorcética de sus murallas. Tales dudas llevaron a algunos autores a considerar funcionalidades diversas para su aparato defensivo, por lo que un nuevo análisis con la metodología definida en este estudio podría ofrecer nuevos argumentos a esos debates. Por otro lado, la localización del castro estrechamente relacionada a hitos naturales y manifestaciones de la Edad del Bronce, abrían la puerta a considerar implicaciones simbólicas en el contexto de los paisajes de la Edad del Hierro en el noroeste ibérico (Parcero-Oubiña *et al.* 1998; García-Quintela y González-García 2016). De igual forma, llama la atención su desvinculación inmediata respecto a los terrenos susceptibles de un aprovechamiento potencial agrario semejante al reconocible en otros castros del noroeste ibérico, también de considerar únicamente los castros costeros (Currás 2019), que han recibido la atención monográfica por parte de diferentes autores (e.g. Romero Masiá 1980; Camino 1995; Cordeiro Mañón 2015). En relación con ellos, Baroña constituye un enclave excepcional.

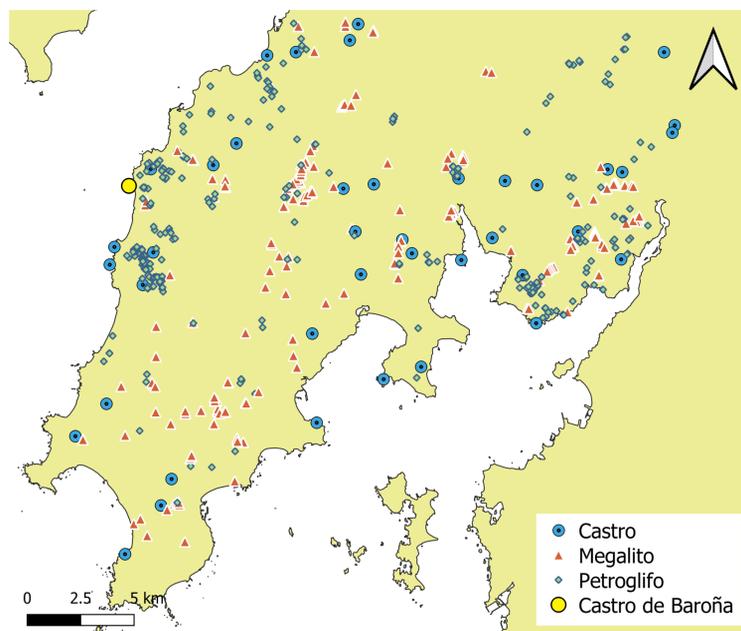


Figura 4. Yacimientos arqueológicos catalogados en la península de Barbanza según datos del Plan Básico Autonómico de Galicia.

#### 4. Planteamiento y objetivos

Este estudio pretende enriquecer el debate sobre la significación de las murallas castreñas del noroeste ibérico. En persecución de ese objetivo evitamos consideraciones dicotómicas simplistas, y exploramos opciones matizadas que atiendan a la diversidad de posibilidades interpretativas posibles para un tema tan debatido como éste. En esta línea, entre todos los factores posibles, consideramos si la vocación de las estructuras murales que envuelven los castros responde a un sentido estético propio de una determinada conceptualización del espacio de las sociedades castreñas, y ajena por tanto a la nuestra. Esta propuesta no implica que las murallas de los castros careciesen por completo de una funcionalidad defensiva. Más bien, nos preguntamos si su necesidad podría no sólo derivar de la seguridad que ofrecen ante posibles atacantes, sino de una racionalización del espacio materializada mediante la erección de paramentos monumentales en torno al poblado. Consideraríamos las murallas, así pues, cómo síntomas arqueológicamente legibles de la aprehensión estética y cultural del espacio por parte de las comunidades que construyeron y experimentaron esos dispositivos monumentales. En este sentido, nos preguntamos si su construcción respondería a una selección no-razonada del lugar de poblamiento, en relación con una determinada cosmovisión de su mundo, así como otras cuestiones simbólicas o vinculadas a la experiencia y la percepción de las gentes de la Edad del Hierro.

En particular, los objetivos del presente estudio se pueden expresar en tres grupos (arqueométricos, metodológicos e interpretativos), desde los más descriptivos hasta aquellos que alcanzan un mayor grado de abstracción.

- Entre los objetivos arqueométricos, este estudio pretende producir información arqueográfica rigurosa sobre el castro de Baroña. Se realizarán labores de documentación digital en el yacimiento mediante tecnologías geoespaciales, generando un modelo digital de elevaciones y una ortofotografía de alta resolución. Estos productos se convertirán en la base del posterior estudio interpretativo, pero constituyen resultados útiles e independientes para el estudio del castro de Baroña y la Edad del Hierro en el noroeste ibérico.

- A nivel metodológico, este estudio constituye un ensayo para la adquisición, tratamiento y producción de documentaciones topográficas de un yacimiento castreño a partir del uso de drones fotogramétricos. Los productos generados sirven de base para ejecutar diferentes análisis y estudios geoespaciales empleando Sistemas de Información Geográfica (SIG). Consecuentemente, comprobar las capacidades y carencias de esta clase de procedimientos se convierte en un objetivo del trabajo. Estos métodos son desplegados en un marco teórico-metodológico propio de la Arqueología del Paisaje y la asunción de miradas fenomenológicas a la hora de aventurar interpretaciones arqueológicas atentas a la experiencia y la percepción de las sociedades antiguas.
- Como propósitos más ambiciosos, se abordan objetivos de corte interpretativo que asumen mayores cotas de incertidumbre. En particular, se busca reflexionar acerca del sentido que jugarían las murallas durante la Edad del Hierro. A partir de los fundamentos de la materialidad observada y mensurada en Baroña, se explora la relación de las murallas con cuestiones como la aprehensión del espacio, la percepción estética y la selección de los lugares de poblamiento.

Si bien Baroña se convierte en el elemento vertebrador de los análisis e interpretaciones abordadas en este estudio, se mantendrá una distancia suficiente con el sitio al realizar las distintas lecturas. Buscamos con ello obtener conclusiones válidas o significativas para otros yacimientos semejantes, a partir de los cuales densificar las reflexiones arqueológicas sobre los paisajes de la Edad del Hierro en el noroeste peninsular.

#### 5. Metodología y Materiales

##### 5.1. Teledetección: Captura, procesado y análisis de datos geoespaciales mediante TIG

Los recursos cartográficos en acceso abierto del Centro Nacional de Información Geo-

gráfica (CNIG)<sup>3</sup> y el Plan Básico Autonómico (PBA) de Galicia<sup>4</sup> ofrecen resoluciones máximas de 2 m por píxel. Se trata de un grado de detalle insuficiente para afrontar análisis topográficos a escala micro de un yacimiento de las dimensiones de Baroña. Por ello, nuestro estudio partió de la adquisición de recursos geoespaciales con medios propios, valiéndonos para ello de un dron fotogramétrico.

Los UAV (del inglés *unmanned aerial vehicle*) se han convertido en una herramienta de gran utilidad para el trabajo arqueológico de campo. Frente al empleo de sensores LiDAR (*Laser Imaging Detection and Ranging*) aerotransportados, de uso extendido en la arqueología española (Cerrillo Cuenca y López López 2020), los drones equipados de cámaras se presentan como una alternativa más asequible para documentar yacimientos arqueológicos, pues permiten generar *Drone-Sourcer Orthoimages* (DSO) de gran resolución y agilizar la obtención de Modelos Digitales de Elevaciones (MDE), entre otros productos, a partir de restitutiones fotogramétricas de imágenes tomadas durante vuelos programados (Field *et al.* 2017: 577; Nikolakopoulos *et al.* 2017; O'Driscoll 2018). Si bien este método de documentación es rápido y versátil, no está exento de problemas, como su incapacidad para superar los límites de visibilidad que genera la vegetación densa sobre el terreno, así como su vulnerabilidad ante condiciones atmosféricas adversas. La precisión en el posicionamiento de la aeronave puede ser otro factor limitante, aunque la disponibilidad de sistemas de apoyo para georreferenciar los datos capturados permite controlar su calidad. Seis variables condicionan la aplicabilidad de los UAV en este tipo de tareas: las características y calidad del equipo, el método de prospección seleccionado, la capacidad del *hardware* para procesar la información, el período en el que se capturó la información, el correcto uso de los datos, así como la experiencia y habilidades de interpretación (Pecci 2020: 4). Estos factores fueron considerados al diseñar nuestro estudio. Para garantizar su reproducibilidad,

describimos a continuación los materiales empleados y el flujo de trabajo.

Para la toma de imágenes aéreas se empleó un dron DJI Phantom 4 RTK equipado con un sensor CMOS de 20 megapíxeles. Para mejorar la precisión en la captura de datos nos apoyamos en un sistema DJI D-RTK 2 GNSS Mobile Station que redujo el margen de error en el posicionamiento de la aeronave a menos de 2 cm. El vuelo se planificó a 75 m de altitud sobre el punto de despegue en el istmo del castro, tomando fotografías cenitales, a una velocidad de 5 m/s, con un solapamiento del 80% entre las fotografías sucesivas. La duración total del vuelo fue de 13 minutos y se tomaron un total de 285 fotografías georreferenciadas. El vuelo se realizó durante las primeras horas de la tarde, sin viento y con buena visibilidad. En su planificación y ejecución se cumplió la normativa vigente<sup>5</sup>, siguiendo un supuesto de vuelo en categoría STS-ES-02. La elección del momento estuvo condicionada por la disponibilidad del personal capacitado para su ejecución, lo cual supuso capturar las imágenes con algunas sombras proyectadas por el perímetro amurallado del castro, visibles en la ortofotografía resultante. Un día nublado hubiera ofrecido mejores resultados, aunque la topografía del terreno fue correctamente interpolada en los procesos posteriores del flujo de trabajo. Dado que el área de estudio no está cubierta de vegetación y el objeto de atención eran las grandes estructuras, no hubo mayores inconvenientes en la obtención y posterior tratamiento de los datos.

El procesamiento de la información se realizó con el software *Agisoft Metashape 1.5.1*. Para reducir el nivel de ruido en el MDE resultante, se realizó un cribado de las imágenes, eliminando aquellas donde la superficie de agua representaba un porcentaje significativo, aplicando máscaras en aquellas con reflejos marinos demasiado acusados. Hecho esto, y alineadas las cámaras, aparecieron representados más de 400.000 puntos. Se prescindió de muchos de ellos al encontrarse alejados del área prioritaria de estudio o por mostrar una precisión demasiado baja. Los primeros fueron eliminados y los segun-

<sup>3</sup> Web: <https://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/index.jsp> (último acceso: 15 de noviembre de 2021).

<sup>4</sup> Web: <http://mapas.xunta.gal/visores/descargas-pba/> (último acceso: 15 de noviembre de 2021).

<sup>5</sup> Normativa Europea de UAS/Drones. Disponible en la web de la Agencia Estatal de Seguridad Aérea (AESA): <https://www.seguridadaerea.gob.es/es/ambitos/drones/normativa-europea-de-uas-drones> (último acceso: 15 de noviembre de 2021).

dos filtrados, consignando una tolerancia máxima de los valores de error de 0,05 m. A continuación, se optimizó el modelo y se volvió a comprobar el error máximo, repitiendo el proceso de cribado previo, conservando 124.397 puntos.

La región de trabajo se adecuó a las zonas de interés, seleccionándose el área del castro, el istmo y parte de la colina inmediata. Al término de este paso, se generó una nube densa de puntos seleccionando la máxima calidad en la interpolación, obteniendo una nube de 89 millones de puntos. A partir de esta nube, se generó un MDE de 0,04 m de malla y una ortoimagen de 0,02 m de resolución por píxel. Estos productos sirvieron de base para los posteriores estudios geospaciales.

## 5.2. Análisis geospaciales

Gracias a la utilización de SIG, los productos obtenidos mediante teledetección fueron útiles para deducir la relación entre los distintos sectores del poblado, así como la forma en que éste se proyecta al exterior. Estos análisis nos permiten inferir el papel de las murallas en la ocultación y visibilización del poblado, así como la organización interna de éste. Los resultados de estos estudios de visibilidad permiten interpretar los motivos de su construcción y mantenimiento, así como explorar el efecto que imprimirían en la experiencia de las diferentes personas que habitaban o se relacionaban con el castro de Baroña. Como fin último, estos análisis son útiles para interpretar las dinámicas sociopolíticas desarrolladas en su interior y su relación con el entorno, abriendo nuevas perspectivas acerca de las bases sociales, políticas y culturales que median en su constitución material.

Para ello, el método siguió varios pasos, observando las relaciones de visibilidad entre las diferentes áreas al interior del yacimiento; entre el castro en su conjunto y su espacio más próximo; así como entre el poblado y el entorno a mayor distancia. A fin de dar mayor valor a estos análisis, los estudios se realizaron en varias simulaciones, entendidas como distintos escenarios generados mediante el uso de un modelo digital para analizar un fenómeno, que pueden alterar la percepción y movilidad de las comunidades castreñas (Fábrega-Álvarez 2020: 303-304). Para todo ello, no se contemplaron las posi-

bles variaciones en la línea de costa de Punta do Castro, considerándolas alteraciones poco significativas para los citados estudios (Martins *et al.* 2007).

Entre las simulaciones ejecutadas, se realizó un estudio *present walls* que alteró la altura de las murallas (Fábrega-Álvarez 2020: 308). A partir de la altura actual del muro, consecuencia de diferentes procesos de ruina y consolidación, se modelizó una altura total original de entre 4 y 5 m, siguiendo las estimaciones para Baroña de Luis Francisco López González (2015). Por tanto, la altura media de los paramentos se incrementó unos 2,5 m. Para ello, se creó una capa vectorial de polígonos sobre las murallas, añadiendo un nuevo campo representando el aumento de elevación. Una vez rasterizada la capa, estos valores se sumaron mediante la calculadora ráster al MDE 0,5 m empleado en los anteriores análisis.

Para realizar estos análisis se generó un MDE de 0,5 m por píxel<sup>6</sup> en QGIS 3.10 con complemento de GRASS (Tabla 1). Hecho esto se introdujeron los archivos CSV con el listado de coordenadas que servirían de puntos de observación en los análisis (ver *Materiales suplementarios: coordenadas puntos de observación*), tomadas en campo, seleccionando aquellas no condicionadas por la presencia de cabañas u otras estructuras, y organizadas en distintos archivos en función del sector a analizar. Con las herramientas *viewpoints* y *viewshed* del complemento de GRASS dichas coordenadas fueron consideradas puntos de vista en la ejecución de los análisis. Para todos ellos se dispuso el MDE 0,5 m como base, aplicando un radio de visión de 5 km y una altura del observador de 1,70 m. En el caso de los análisis de visibilidad lejana se amplió el radio de cálculo hasta los 10 km, utilizando un Modelo Digital del Terreno (MDT) de 5 m por píxel, y se seleccionaron como puntos de observación los lugares más destacados al norte de la ría de Muros e Noia y en la península de Barbanza. Los resultados de estos análisis fueron expresados de forma binaria (*binary viewshed*), requiriendo una reclasificación posterior, aun a riesgo de sacrificar cierta representatividad.

<sup>6</sup> El MDE 0,5 m se obtuvo a partir del MDE 0,04 m generado con las fotografías tomadas por el dron durante el vuelo realizado sobre el castro de Baroña.

Tabla 1. Productos cartográficos utilizados como base de los análisis espaciales desarrollados a lo largo del trabajo.

| Producto   | Formato | Resolución | Fuente             | Extensión | Fecha      | Link  |
|------------|---------|------------|--------------------|-----------|------------|---|
| MDT        | Ráster  | 5 m        | CNIG               | .tif      | 2008-2015  | <a href="https://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/index.jsp">https://centrodedescargas.cnig.es/CentroDescargas/index.jsp</a> |
| MDE        | Ráster  | 0,04 m     | Elaboración propia | .tif      | Mayo 2020  | <a href="https://digital.csic.es/handle/10261/256573">https://digital.csic.es/handle/10261/256573</a>                                 |
| MDE        | Ráster  | 0,5 m      | Elaboración propia | .tif      | Julio 2020 | <a href="https://digital.csic.es/handle/10261/256573">https://digital.csic.es/handle/10261/256573</a>                                 |
| Ortoimagen | Ráster  | 0,02 m     | Elaboración propia | .tif      | Mayo 2020  | <a href="https://digital.csic.es/handle/10261/256573">https://digital.csic.es/handle/10261/256573</a>                                 |

Los resultados de los análisis fueron visualizados en ambos casos sobre la ortoimagen 0,02 m, exceptuando los correspondientes al análisis de visibilidad lejana, visualizada sobre un mapa de pendientes generado a partir del MDT 5 m.

Para terminar, con la ayuda de la ortoimagen, tratada en QGIS, fue posible estudiar con mayor detalle las murallas del castro de Baroña. Se obtuvieron medidas de su anchura y

longitud empleando la herramienta *length* de la calculadora de campos, aplicando el análisis a una capa vectorial de líneas creada a partir de la ortoimagen 0,02 m. Para facilitar la presentación de los resultados de los análisis, se ha asignado una nomenclatura constante a cada sector del castro relevante para este estudio, incluyendo las líneas de muralla (M1 y M2), los accesos (A1 y A2), los denominados barrios (B1 y B2) y la *croa* (Figura 5).



Figura 5. Representación de los sectores de Baroña según la nomenclatura empleada en este trabajo sobre ortofotografía 0,4 m.



Figura 6. Vista aérea de la muralla exterior M1 (izquierda) y la muralla principal M2 (derecha) sobre ortofotografía 0,4 m.

## 6. Presentación de resultados

### 6.1. Sobre las murallas de Baroña

El castro cuenta con dos líneas de muralla: M1 y M2 (Figura 6). La primera es una muralla compuesta por dos lienzos de granito y relleno de tierra. Aunque no llega a cubrir el istmo, se extiende a lo largo de 48 m de noroeste a sureste. En su punto más voluminoso, ofrece una anchura de 7 m, la que será una medida regular, salvo en el punto más estrecho, de unos 6 m de ancho. En su lado exterior se observa un foso de la misma longitud, con una anchura media de 4 m.

La línea de muralla M2 se divide en dos secciones a uno y otro lado del acceso A1. La primera sección, al sur, parte de la roca con orientación oeste-este durante unos 14 m, tras los que, con un codo, cambia su orientación a norte-sur. Se extiende por un total de 40 m, alcanzando una anchura máxima y mínima de unos 6 y 3 m, respectivamente, con una anchura media de 4 m. La otra sección, de orientación noroeste-sureste, se extiende a lo largo de 61 m desde la roca hasta la puerta, con una anchura media de 7,3 m (sumando tres escalonamientos sucesivos), con un mínimo de 5 m y un máximo de 12 m en el punto inmediato al acceso.

Ambas secciones de la muralla M2 se construyen con alzados de granito rellenos de piedra, salvo el escalonamiento más bajo de la sección noroeste-sureste, que podría tratarse de un único parapeto para un aterrazamiento.

En ambos casos, atendiendo a la estratigrafía muraria que revela el aparejo constructivo, la cronología es anterior a la de la muralla exterior. Entre ambas secciones se abre un espacio para la entrada de 2 m de longitud de norte a sur.

### 6.2. Análisis geoespaciales

#### 6.2.1. Present walls

Cada sector al interior del castro fue analizado de forma independiente. En el caso del B1 (Figura 7), la visibilidad se extiende hasta el muro interior que lo separa de B2, cubriendo el canchal dispuesto entre ambos y la parte más alta del propio sector. En esa zona elevada aparecen portentosos bloques graníticos, con oquedades aparentemente naturales, y un saliente aterrazado en el que se trabajó una cazoleta. La vista desde B1 es prácticamente ciega hasta M1. A partir de ese punto se relaciona visualmente sin obstáculos con el área exterior al otro lado del istmo.

Dada su elevación, desde B2 se consigue una mejor visión de B1, divisándose el espacio anterior a las estructuras y el área que rodea M2. Sin embargo, el desnivel aterrazado entre ambos barrios condiciona su visión más inmediata, sin contacto visual con el canchal. Su control del istmo es mayor que en el caso de B1, aunque el área más próxima a A1 no resulta visible. La visión del sector exterior desde B2 no está condicionada por M1.

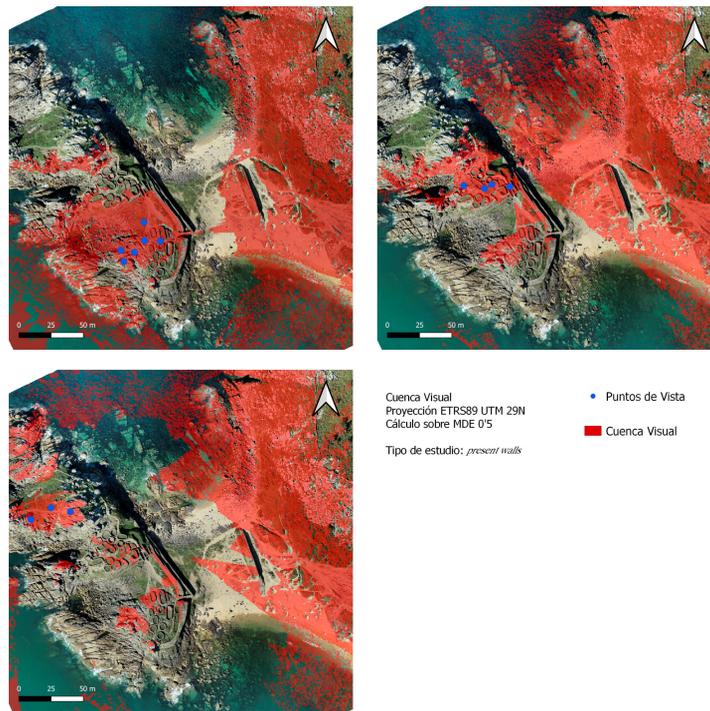


Figura 7. Estudio *present walls* de la cuenca visual desde los sectores interiores: B1 (arriba, izquierda), B2 (arriba, derecha) y la *croa* (abajo).

La zona alta o *croa* se encuentra más recogida que B1 y B2, mayoritariamente aislada respecto a los sectores anteriores. Si bien su dominio visual del istmo es reducido, el control del sector exterior, más allá de M1, es total. También dispone de buena visibilidad del área marítima al norte y noreste del yacimiento.

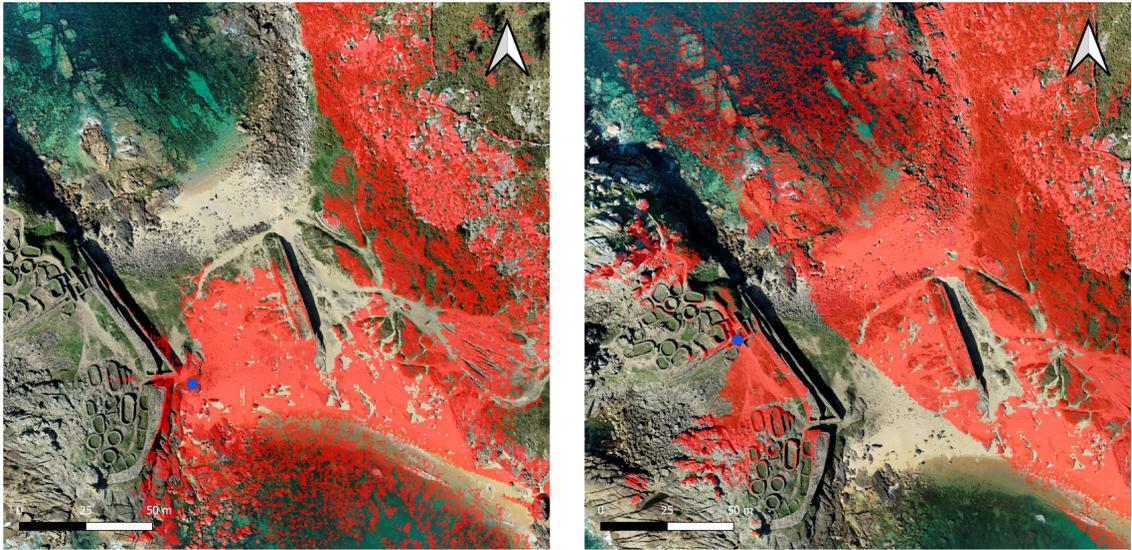
Al estudiar los accesos (Figura 8) se comprueba la eficacia de A1 para limitar la visión de cara al interior del yacimiento. Este es, a su vez, un punto abierto al exterior, tanto al área del istmo como al sector exterior al foso de M1. En el acceso entre B1 y B2 ocurre algo similar, pues gran parte de B1 queda al descubierto. Por su parte, B2 se mantiene oculto tras las paredes que flanquean A2. La visión, en este caso, coincide con el ángulo de la escalinata, en planta abocinada.

En el estudio de visibilidad entre el área exterior y los espacios interiores del castro (Figura

9) se aprecia claramente cómo el yacimiento queda expuesto a su entorno más próximo, teniendo control total de M1, M2 y el istmo.

Desde la colina enfrentada al yacimiento por el noreste, la visibilidad hacia el interior es total, quedando únicamente oculta el área del canchal en el camino que conecta B1 y B2, además de una porción del afloramiento que cierra la *croa* por la cara sureste.

En resumen, Baroña parece mostrar una estratigrafía visual de su organización interior, que impide la visión de B1 desde el istmo, la de B2 desde B1 y la de la *croa* desde los otros sectores interiores. Ahora bien, B2 es visible desde el istmo, y la *croa* lo es desde toda el área exterior. Siendo así, la ocultación del istmo aparenta ser un hecho casual consecuencia de la propia morfología del espolón, antes que una voluntad consciente de organización del espacio.

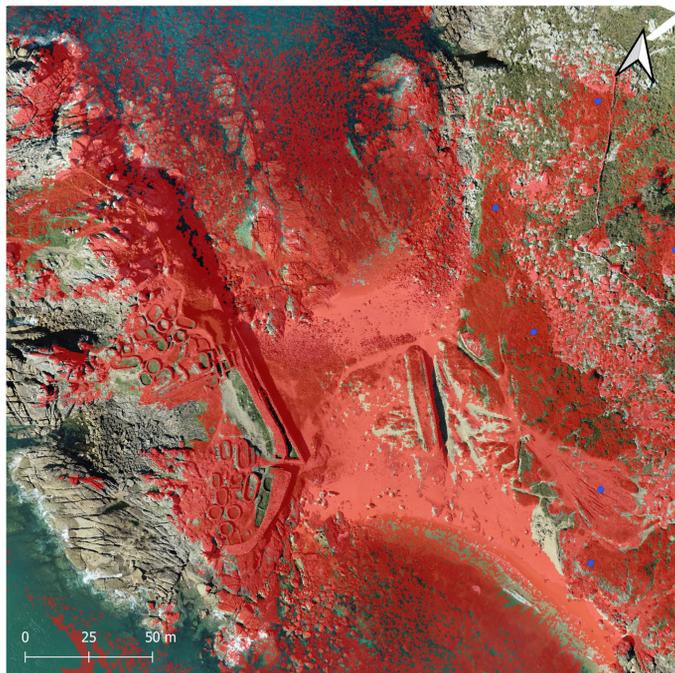


Cuenca Visual  
Proyección ETRS89 UTM 29N  
Cálculo sobre MDE 0'5

- Puntos de Vista
- Cuenca Visual

Tipo de estudio: *present walls*

Figura 8. Estudio *present walls* de la cuenca visual desde los accesos: A1 (izquierda) y A2 (derecha).



Cuenca Visual desde el Exterior  
Proyección ETRS89 UTM 29N  
Cálculo sobre MDE 0'5

- Puntos de Vista
- Cuenca Visual

Tipo de estudio: *present walls*

Figura 9. Estudio *present walls* de la cuenca visual desde el exterior de Baroña.

### 6.2.2. Simulación de murallas redimensionadas

En este estudio, la visibilidad desde B1 (Figura 10) no varía de manera notable, pues continúa reducida a su propio sector, bien delimitada por M2 hacia el este y por el muro de B2 y el afloramiento de la *croa* hacia el noroeste. El único cambio aparece en M1, limitando en mayor grado su visibilidad del área exterior.

El caso de B2 resulta más llamativo. Su visibilidad hacia el interior sigue acotada entre el afloramiento de la *croa* y el sector más próximo de B1. Sin embargo, las nuevas dimensio-

nes de las murallas determinan su relación con el exterior. En estas condiciones, su control del istmo queda totalmente anulado, así como una parte sustancial de su visión sobre el área más allá de M1.

La *croa* experimenta un fenómeno similar, perdiendo cierto grado de control sobre el istmo y el área exterior, si bien tampoco se traduce en un cambio significativo. En lo que respecta a su relación con los restantes sectores al interior del yacimiento, no se produce ningún cambio, conservando una visibilidad marginal de B1 y B2.

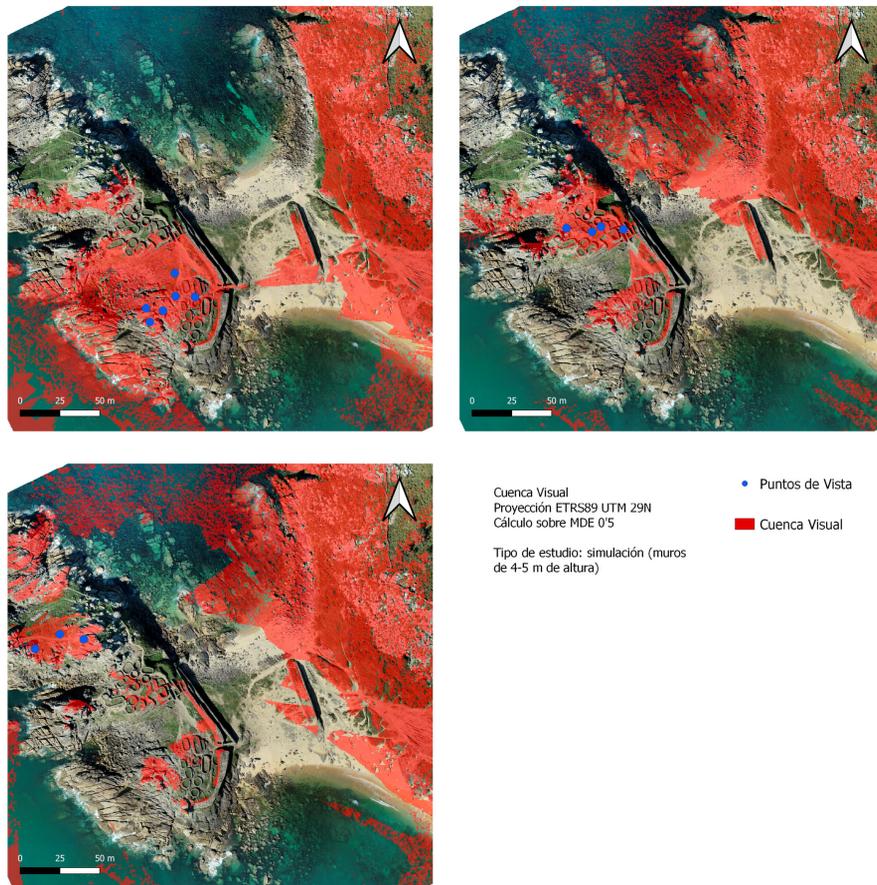
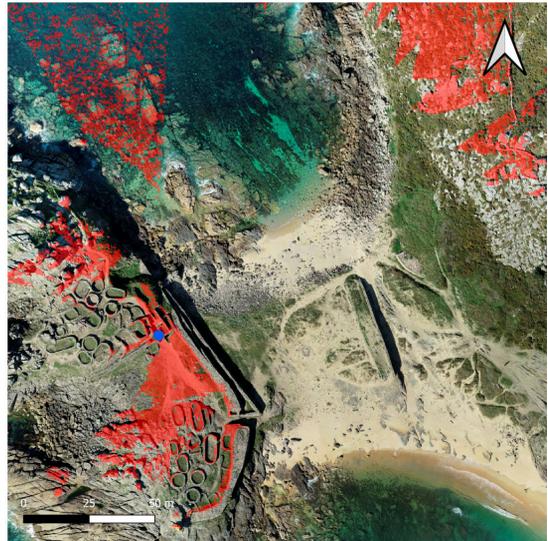
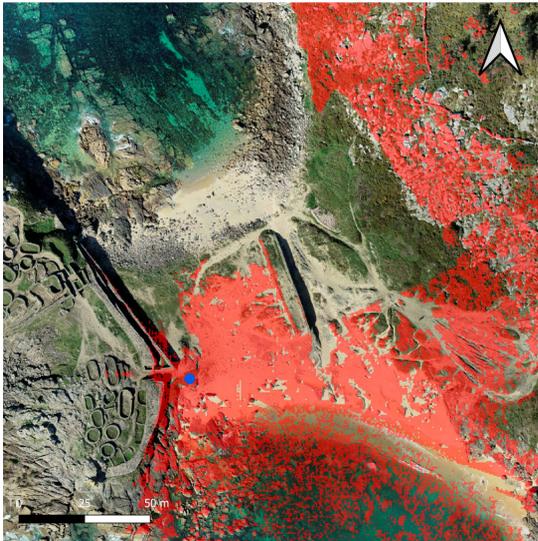


Figura 10. Simulación de la cuenca visual desde los sectores interiores: B1 (arriba, izquierda), B2 (arriba, derecha) y la *croa* (abajo).

Los accesos presentan cambios con respecto al estudio *present walls*. En estas condiciones, A1 pierde su control sobre el área más próxima al lienzo noreste de M1, si bien su relación con el interior del castro se mantiene muy restringida (Figura 11).

En el caso de A2 se evidencia un impacto más notable, cegado totalmente de cara al exterior. Mantiene únicamente un cono visual enfocado a B1, además de cierta visibilidad marginal del flanco norte de B2.

La simulación con las murallas redimensionadas no compromete demasiado la visibilidad desde el exterior (Figura 12). B1, B2 y la *croa* siguen siendo enteramente visibles, mientras el espacio entre B1 y B2 aparece oculto, junto al área inmediata a la vertiente sureste del afloramiento de la *croa*. Se mantiene también el control sobre el istmo, excepto una pequeña área oculta por el lienzo suroeste de M1.



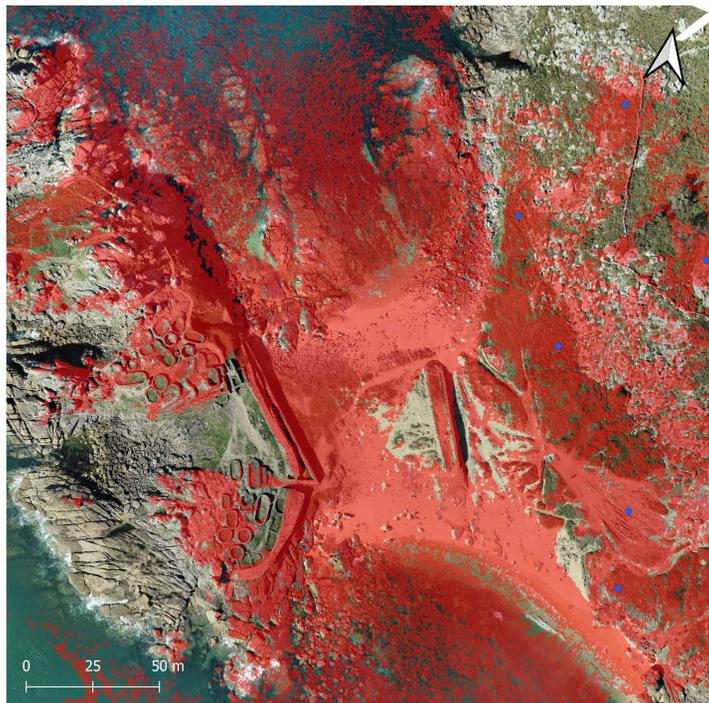
Cuenca Visual  
Proyección ETRS89 UTM 29N  
Cálculo sobre MDE 0'5

Tipo de estudio: simulación (muros  
de 4-5 m de altura)

• Puntos de Vista

■ Cuenca Visual

Figura 11. Simulación de la cuenca visual desde los accesos: A1 (izquierda) y A2 (derecha).



Cuenca Visual desde el Exterior  
Proyección ETRS89 UTM 29N  
Cálculo sobre MDE 0'5

Tipo de estudio: simulación (muros  
de 4-5 m de altura)

• Puntos de Vista

■ Cuenca Visual

Figura 12. Simulación de cuenca visual desde el exterior.

Los resultados de la simulación no difieren demasiado de los obtenidos en el estudio *present walls*, si bien son útiles para corroborar la alta intervisibilidad entre el interior y el exterior del yacimiento. En cualquier caso, los sectores interiores se mantienen aislados entre

sí, sumándose ahora una mayor falta de control sobre el istmo. A1 no se ve especialmente alterado, frente a un A2 que se presenta mucho más restrictivo. El exterior mantiene un control visual total sobre el interior del castro (Tabla 2).

|       | <i>Present walls</i> |         |         |          | Simulación |         |         |          |
|-------|----------------------|---------|---------|----------|------------|---------|---------|----------|
|       | B1                   | B2      | Croa    | Exterior | B1         | B2      | Croa    | Exterior |
| B1    | -                    | Parcial | Parcial | Sí       | -          | Parcial | Parcial | Sí       |
| B2    | No                   | -       | Parcial | Sí       | No         | -       | Parcial | Sí       |
| Croa  | No                   | No      | -       | Sí       | No         | No      | -       | Sí       |
| Istmo | Parcial              | Sí      | Parcial | Sí       | Parcial    | No      | Parcial | Sí       |

Tabla 2. Síntesis de la intervisibilidad entre los sectores de Baroña. La columna de la izquierda recoge los sectores observados, y la fila superior los puntos de observación.

### 6.2.3. Visibilidad lejana

Este estudio comprobó la visibilidad de Baroña en un ámbito territorial mayor (Figura 13). El castro resulta claramente visible desde las coordenadas correspondientes al norte de la Ría de Muros e Noia, exceptuando las más orientales. Con respecto a los puntos de observación al sur

del yacimiento, el castro tan solo es claramente visible desde dos localizaciones destacadas en la Serra do Barbanza, próximas a Torre do Inxerto (A Pobra do Caramiñal), al sureste del castro, y a Monte Iroite (Lousame), al noreste. En este estudio no se han seleccionado lugares ya estudiados, como Monte Gurita o Monte Enxa (García-Quintela y González-García 2016).

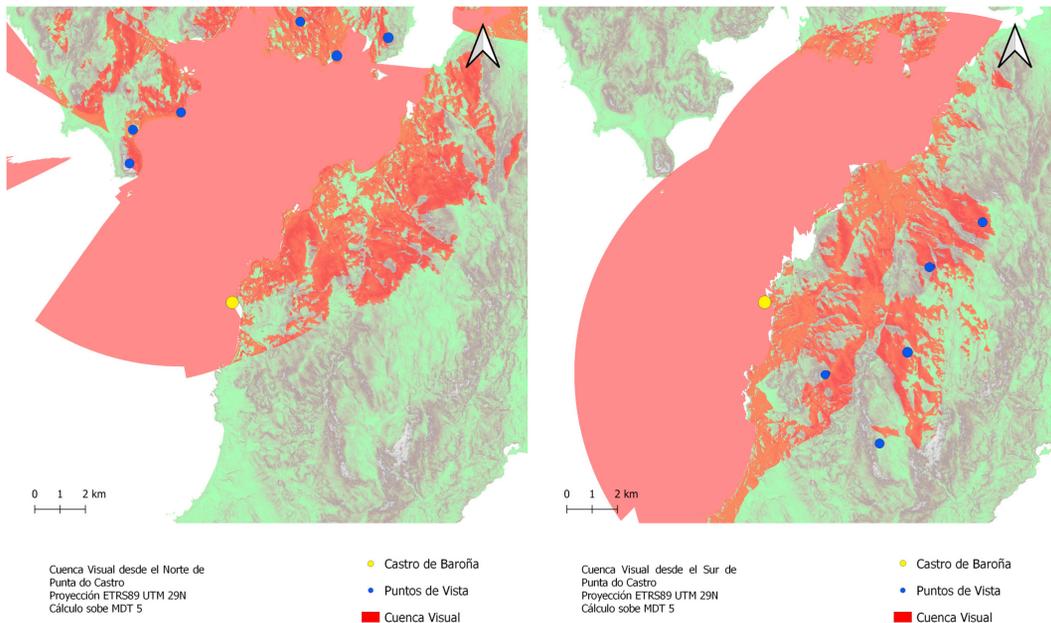


Figura 13. Cuenca visual desde el norte (izquierda) y desde el sur (derecha) de Punta do Castro.

## 7. Discusión: de la lucha por el suelo a la lucha por el paisaje

### 7.1. Las murallas de Baroña, ¿reflejo necesario de un mundo conflictivo?

Antes de definir la función de las murallas de la Edad del Hierro vinculándolas únicamente con la violencia, es oportuno considerar la amplia distribución en la Europa atlántica de las formas de poblamiento fortificadas (Collis 1984; Cunliffe 2010; Moore y Armada-Pita 2011). Contemplar un sentido puramente funcional para los dispositivos amurallados nos llevaría a asumir un grado de conflicto tan elevado durante este período que la práctica totalidad de los asentamientos tuvieron la necesidad de amurallarse. Más allá, podría plantearse incluso que aquellos poblados incapaces de levantar un cerco murado serían arrasados por completo ante la violencia sistémica de la Edad del Hierro. Tales consideraciones son extremas, por lo que enfatizan la necesidad de valorar múltiples motivaciones más atenuadas y complejas para dar sentido a la construcción de las murallas en los castros del noroeste ibérico, entre otras regiones de la Europa templada.

Por el contrario, de aceptar un carácter puramente simbólico de las murallas, estaríamos vulnerando una de las premisas antropológicas acerca de la creación del mito, como recuerda González García (2006). Los iconos míticos se fundamentan en elementos presentes en la sociedad (Lévi-Strauss 1984). Así, la épica heroica se construye como una imagen idealizada de una casta guerrera; la figura de *Ratatoskr* está presente en la mitología nórdica porque los pueblos del norte de Europa conocen las ardillas; *Mauí* no habría pescado las islas polinesias si los pueblos del archipiélago no estuvieran familiarizados con la actividad pesquera. Para que las murallas se conviertan en un elemento icónico, su carácter simbólico debe beber de un precedente, contemporáneo o pretérito, que jugase un papel relevante en la sociedad. Visto de este modo, la significación pretérita que hubo de tener la muralla de un castro debería girar en torno a su sentido más funcional y definitorio: la de estructura defensiva.

Ahora bien, asumir una dinámica de conflicto persistente resulta poco conciliable con la existencia de prácticas comunitarias intergrupales o acuerdos, como el aprovechamiento pastoril de los pastizales estivales de altura

(González-Álvarez 2016), o el reconocimiento de circuitos de intercambio entre las comunidades castreñas (González Ruibal 2004; González Ruibal *et al.* 2007). En la misma medida, es erróneo reducir los múltiples papeles y sentidos de la muralla al puramente simbólico.

La muralla es un elemento de separación y definición de espacios: convierte un entorno en propio, lo caracteriza y la acota (Bowden y McOmish 1987). No se trata únicamente de una culturización del espacio, sino también de una personalización. Observando poblados de finales de la Edad del Hierro, como San Cibrao de Las (Álvarez González 2021), se aprecia cómo las murallas ejercen el papel de telón frente al exterior (Fábrega-Álvarez 2020: 312), separando el espacio intra y extramuros de tal forma que la totalidad del poblado queda oculta tras él. De este modo, la intimidación surge como parte del valor defensivo de la muralla. En ese momento de transición entre la Segunda Edad del Hierro y la consolidación del poder político romano, reconocemos la mayoría de las panoplias y elementos de prestigio de carácter heroico en contextos castreños, entre los que destacan las estatuas de guerreros galaico-lusitanos. Se puede considerar que en esta cronología se ensalza el valor de la guerra en un grado que no reconocíamos desde el siglo IX a.C. Más aún, la constitución de los poblados se planeará siguiendo un modelo poliorcético más utilitario, influenciado por los formatos del interior peninsular y el levante mediterráneo (Quesada Sanz 2001). De hecho, esta reforma poliorcética será una constante en otras áreas de la cornisa cantábrica y la submeseta norte (Villa Valdés 2007: 204; Berrocal-Rangel y Moret 2010: 343; Torres Martínez *et al.* 2015: 66-67).

En algunos castros del Noroeste se observa un ensanchamiento de las murallas y ciertos cambios en su aparejo a finales de la Segunda Edad del Hierro, que podría ser leído como un rediseño de su sistema defensivo con planteamientos más funcionales. Es apreciable cómo los castros del tramo final de la Segunda Edad del Hierro e inicios de la fase romana muestran murallas construidas con un sistema de doble parapeto de piedra y relleno terroso, distintos a aquellos de relleno mixto o cascotes de fases previas, más alejados aún de aquellos de un solo parapeto como dique de un aterramiento (Carballo Arceo 1996).

Así como nos aproximamos al cambio de era, se observa también un mayor esfuerzo a

la hora de proteger los accesos de los castros, erigiendo corredores amurallados interrumpidos por varias puertas consecutivas, como se observa en Elviña (A Coruña) y Borneiro. El replanteamiento de sus accesos pone de manifiesto la importancia de consolidar el punto más vulnerable del cerco defensivo de un poblado: la entrada. Probablemente, esta voluntad explicaría la aparición de nuevos sistemas de cierre para los poblados de la fase indígena-romana. Estos grandes castros (u *oppida* en el área meridional galaica) presentan oquedades en los laterales del acceso donde encajarían los goznes del portón, elemento que se repite a lo largo de los corredores arriba descritos (López Marcos *et al.* 2011). En el pavimento, coincidiendo con estos puntos, se excavan quicios para encajar el cierre de las puertas.

En el castro de Baroña se utiliza un aparejo constructivo distinto al propio del período romano, sin incluir bastiones. Tal observación sostendría su cronología anterior a la propuesta por Calo Lourido y Soeiro (1986). La entrada (A1), por otra parte, presenta las mismas oquedades que los castros más tardíos, aunque no se observa el recurrente quicio en el pavimento.

Si, como todo parece indicar, en el período final del I milenio a.C. las murallas se reconfiguran siguiendo un modelo con mayor carácter defensivo, deberíamos suponer que el quicio reflejaría un avance en el potencial defensivo de las puertas. Por lo tanto, el modelo de cierre observable en Baroña no es el ideal para garantizar un portón resistente. Considerando que este sería el punto más vulnerable del cinturón amurallado, podría deducirse que hay cierto desinterés por el papel defensivo de las murallas. Claro está que podrían haber existido otros sistemas de cierre, pero en vista de las dimensiones de la entrada (2 m de ancho en Baroña), es poco probable que fueran de utilidad para repeler contingentes atacantes con experiencia en asedios.

En este punto alcanzamos un debate circular: si la puerta no resulta útil para prevenir asedios significa que, o bien el bando agresor no dominaba esta clase de logística bélica, o bien no se producían sitios durante la Segunda Edad del Hierro en el área de estudio (Moret 2001; Berrocal-Rangel 2008). Si consideramos que todos los poblados en este período estaban fortificados, la inexistencia de tácticas militares (defensivas u ofensivas) que impliquen a las murallas lleva a pensar que su exis-

tencia estaría desligada del conflicto. Por ello, su sentido (únicamente) funcional se ve comprometido.

## 7.2. El cinturón defensivo de Baroña: dispositivo modulador de la percepción del paisaje

Volviendo al carácter cerrado e íntimo que las murallas confieren al poblado, conviene poner en valor los análisis realizados en el castro de Baroña. Si la muralla se convierte en un dispositivo de ocultación en San Cibrao de Las (Fábrega-Álvarez 2020), en Baroña su sentido es diferente. Los análisis geoespaciales muestran cómo la presencia de los paramentos monumentales que rodean el poblado no disminuye la relación visual entre el interior y el exterior del castro. Al contrario, parece magnificar la percepción de los espacios interiores.

A partir del acceso al castro de Baroña (A1), la planta del yacimiento se convierte en un elemento estructurante, que genera un discurso escenográfico en el que, cada sector interior, se abre paulatinamente con mayor monumentalidad. Al atravesar A1 la vista al exterior queda cegada, situándonos en B1, aislado de los restantes sectores, aunque con vistas al muro que separa B1 y B2. Siguiendo el camino entre ambos, la vista se expande e incluye el horizonte, al oeste, a través del quiebro del canchal entre los dos barrios, y la escalera monumental, al norte, que da acceso a B2. En este punto la visibilidad se constriñe entre los parapetos que flanquean el camino hacia B2, viendo únicamente el gigantesco afloramiento rocoso que cierra la *croa* por su lado sur, y el área habitacional de B2 hacia el oeste. Una vez se accede a la *croa*, los barrios anteriores quedan ocultos, y el horizonte adquiere total protagonismo en la escena, junto a la colina anterior al castro, la franja costera al otro lado de la ría, enmarcada por el promontorio costero del Monte Louro (Muros, A Coruña) y otros hitos naturales.

El interior del castro, como se ha sugerido antes, parece haber sido organizado con el propósito de impresionar al observador que accede al castro a través de los sucesivos espacios, complementando la propia fisonomía del enclave con una serie de aditamentos constructivos. Cobra forma así un juego perceptivo donde los elementos monumentales permanecen ocultos hasta que el observador los enfrenta de forma directa. Sin embargo, todo el conjunto del poblado es visible desde el terreno elevado

inmediatamente anterior al istmo. Incluso las simulaciones que elevaban la altura de las murallas (tanto de M1 como de M2) hasta los 5 m, no impedían que cualquier actividad realizada intramuros fuese visible desde el exterior.

Si la muralla de San Cibrao de Las era un telón infranqueable (Fábrega-Álvarez 2020), su construcción en Baroña procuraría un determinado sentido estructurante a su interior, convirtiéndose la muralla en un dispositivo con capacidad de acción o *agency* (Dobres y Robb 2000) sobre la comunidad que habita el poblado o sus visitantes. Esto no significa, por defecto, que el conjunto del castro fuese planteado con fines simbólicos. No obstante, su carácter puramente defensivo resulta menos verosímil en vista de esta flagrante exhibición de sus espacios interiores. Por tanto, este estudio enfatiza la necesidad de considerar la relevancia de las murallas castreñas para otros fines (sociales, simbólicos, identitarios, coercitivos, etc.) más allá de la mera defensa de la comunidad.

El elemento más llamativo del castro de Baroña es, sin duda, su muralla exterior (M1). Se trata de una muralla con foso, cuyo trazado no conserva accesos. Este elemento no llega a cortar la superficie del istmo por completo, existiendo espacios abiertos en ambos extremos que dejan el paso expedito hacia el espolón. Por otra parte, aun elevando su altura hasta 5 m, M1 no causa impacto alguno sobre la visibilidad tanto desde dentro como desde fuera del castro. Por supuesto, cabe considerar que parte de esta muralla no se haya conservado, sesgando el análisis actual de la morfología del castro. Ahora bien, atendiendo a los datos disponibles, esta estructura no cumpliría con funciones defensivas claras. Si además observamos la ausencia de escaleras para la ronda en M1, podríamos llegar a deducir que no es siquiera una muralla, en el sentido estricto del término, sino un muro. Así pues, podríamos considerarlo parte del despliegue escenográfico del poblado (Villa Valdés 2007: 196), como un límite que marca el inicio del castro en el que el área delimitada del istmo funcionaría como una especie de *nártex*. M1 puede ser considerada una estructura de funcionalidad eminentemente escenográfica o, en su defecto, parte de una representación simbólica.

Recapitulando, el castro de Baroña no dispone de un sistema defensivo especialmente funcional. La constitución de sus murallas no previene de la vista desde el exterior, su acceso no cuenta con un cierre de seguridad capaz

de soportar un gran empuje y el muro exterior carece de cualquier función defensiva.

Si estudiamos la capacidad logística del yacimiento, hasta donde conocemos actualmente, el poblado estaría privado de acceso a agua potable, sin control visual de un entorno capacitado para la producción agraria y separado del mar por un canchal de bloques graníticos que limitan el paso al agua. El poblado tan solo es capaz de ver un frente rocoso en el este, la playa al sureste, hitos lejanos al norte y al sur, y un mar que lo cubre todo hasta el horizonte por el oeste.

Bajo una visión funcionalista, un castro debería ubicarse tomando en consideración la ventaja productiva de los terrenos próximos. Por ello, la interpretación más razonable a la hora de definir la decisión locacional de una determinada comunidad será la del aprovechar el suelo circundante. Pero el castro de Baroña está abarrotado de estructuras, mientras fuera de su perímetro solo aparecen un arenal yermo y un terreno costero pedregoso poco apropiado para su aprovechamiento agrario, lo cual difiere de las condiciones buscadas por los poblados de la Segunda Edad del Hierro en plena “conquista del valle” para aprovechar los suelos fértiles de sus fondos (Parcero-Oubiña 2000). Esto no nos lleva a descartar el carácter funcional del emplazamiento de Baroña, aunque atendiendo a lo expuesto, las necesidades productivas no resultaron determinantes para elegir la ubicación de este castro, lo cual debe llevarnos a considerar otras motivaciones no funcionalistas al analizar los modos de poblamiento de la Edad del Hierro en el noroeste ibérico. Estas cuestiones cobran mayor sentido si se asume un factor estético.

### 7.3. Baroña: una localización orientada a la experiencia estética

La estética, en este contexto, debe entenderse como una capacidad de perceptiva, tal como la describen Marko Škorić y Aleksej Kišjuhas (2020). Se trata de una base evolutiva que deriva en determinadas relaciones de las sociedades con el entorno. Hablamos de una cualidad estética en tanto que funciona como una dinámica empática con el espacio, el sonido, el movimiento y, en definitiva, con los fenómenos sensibles. Nada de esto rechaza la idea de que lo social y lo cultural constituyen en gran medida la percepción e interpretación de los fenómenos. No obstante, si asumimos que la

cultura no es el sustrato de toda la cognición, debemos contemplar la existencia de parámetros aprehensivos inmanentes.

Es posible que las murallas de Baroña tuvieran que servir, en más de una ocasión, como elemento defensivo ante un conflicto. Sin embargo, su vocación y planeamiento primario, así como la ubicación del poblado, no reflejan a las claras una fórmula defensiva eficiente. Al valorar el sentido de las murallas de Baroña otros sentidos de carácter simbólico ganan peso. Asumimos para ello que una posible función disuasoria estaría adscrita al terreno simbólico, en tanto que se fundamentaría en una determinada percepción del lugar o materializaría tradiciones o formas de estar-en-el-mundo heredadas. Pese a todo, la vocación defensiva de las murallas no tiene por qué estar, necesariamente, apartada de la intención de la comunidad que las erigió. En este punto es necesario, quizá, reformular las implicaciones de ese carácter defensivo.

Aun habiendo discutido las cualidades que habrían convertido al espolón donde se yergue el castro de Baroña en una ubicación apta para la defensa, y concluyendo que se trata de un espacio poco funcional, el lugar no deja de *parecer* seguro. La morfología del espolón, desde el istmo hasta la *croa*, confieren al espacio un carácter cerrado y recogido. Destaca en la costa como un refugio elevado, separado del oleaje por prominentes roquedos, y del interior por un corredor arenoso que funciona como único acceso desde tierra firme. La arquitecturización del espolón de Baroña enfatizan la importancia de estas sensaciones. Su disposición estructura el interior del poblado como un tránsito hacia la monumentalidad. Los dispositivos amurallados cierran sobre sí mismos los barrios B1 y B2 y acentúan la sensación de recogimiento y aislamiento del interior del poblado. M1 sobre el istmo y el foso contiguo que le antecede limitan en mayor medida sus accesos.

De lo anterior se deduce que, pese a que estos procesos de arquitecturización no redundaron en una optimización defensiva, existió una voluntad por parte de la comunidad de configurar un espacio seguro, no tanto funcionalmente, como de forma perceptiva. El castro de Baroña no tendría que haber sido seguro; ante todo, era necesario que lo pareciese.

Recapitulando, y de manera conclusiva: la muralla es, por definición, un elemento defensivo. Su rápida aparición desde los primeros

referentes en el Bronce Final hasta su consolidación en la inflexión entre fases de los siglos VI y V a.C. tuvo que estar motivada por un clima conflictivo, en el que los modelos sociales antiguos, itinerantes (Méndez Fernández 1994: 87), con guerreros, convivían con un emergente noroeste agrícola en progresiva fijación a la tierra, en el marco de su sedentización definitiva. Si ahora el suelo era valioso y, por extensión, el territorio, protegerlo era una necesidad. Llegado el momento en que el poblado fortificado se estandariza y las élites guerreras desaparecen y, con ellas, el anterior modelo de conflicto, la muralla se convierte en un vestigio cultural, una tradición y, como tal, en un elemento simbólico. La muralla es, a partir de este punto, el recuerdo de un pasado mítico traumático. Es la rúbrica del control del territorio y del poder de una comunidad (Hamilton y Manley 2001: 29), se proyecta hacia el exterior como algo monumental e inexorable, y hacia quien vive en su interior como un agente de comodidad y seguridad, un espacio habitable para una era que ya no estará marcada por el conflicto.

No se pretende describir, con todo ello, un noroeste ibérico pacificado durante la Edad del Hierro. Este territorio habría estado salpicado de conflicto y violencia; negarlo sería proyectar acriticamente sobre el pasado estereotipos de bonhomía y misticismo propios de las narrativas *New Age* carentes de fundamentación histórica, que en absoluto puede responder a la totalidad de una cultura en la totalidad de un período (González García 2006). Siendo así, los modelos a imaginar en futuras investigaciones deberán emanciparse de las concepciones simplistas, apoyándose para ello en referentes antropológicos que procedan del análisis de sociedades intermedias que puedan resultar comprensibles con las realidades complejas y diversas que identificamos en la Edad del Hierro del noroeste ibérico (Sastre Prats 2008; González Ruibal 2012; González García 2017; Moore y González-Álvarez 2021).

## 8. Conclusiones

Las TIG, las técnicas de teledetección o los estudios arqueométricos son recursos de alta utilidad en Arqueología, como queda demostrado por los desarrollos recientes de la disciplina. Estos recursos incrementan la capacidad de analizar arqueológicamente la información

que atesoran los sitios y paisajes antiguos. No obstante, los datos y análisis que provienen de estos nuevos métodos deben generar nuevas propuestas, desafíos y oportunidades que propicien avances en la interpretación arqueológica. De lo contrario, su aplicación derivaría en propuestas basadas en “el método por el método”. Con tal propósito, este estudio expone la aplicación de métodos no invasivos para profundizar y problematizar consideraciones establecidas sobre un yacimiento señero de la Edad del Hierro en el noroeste ibérico: el castro de Baroña.

El uso de UAV y diferentes estudios geoespaciales del caso de estudio nos proporcionan nuevos productos –disponibles como materiales suplementarios a este estudio– que permiten modelizar simulaciones y reconstrucciones del paisaje antiguo circundante. A partir de estos materiales, es posible evaluar con rigurosidad aspectos como la monumentalidad de Baroña, el sentido de sus murallas o las percepciones posibles del paisaje (mediadas por su cinturón defensivo) por parte de las comunidades prerromanas que habitaron el castro. Los métodos desplegados nos han permitido articular una parte sustancial del argumentario, completar las hipótesis de partida, e incluso elaborar nuevas propuestas interpretativas que deberán ser contrastadas con la extensión de estudios de este tipo en nuevos casos de estudio.

Este trabajo evidencia que, al aproximarnos arqueológicamente a las sociedades del pasado, no es suficiente con describir la materialidad que les es propia e integrarla en relatos basados en un sentido común apriorístico y presentista. En cambio, es fundamental plantear propuestas interpretativas desde la extrañeza y la diferencia (Hill y Cumberpatch 1993), explicitando sus limitaciones sin que por ello renunciemos a asumir riesgos. Claramente existen sesgos en la asunción de estos planteamientos, pero este tipo de aproximaciones son útiles para deconstruir los prejuicios que usualmente proyectamos al pasado en las aproximaciones arqueológicas sobre la Edad del Hierro. En este sentido, este trabajo intenta explorar las experiencias posibles de las personas que construyeron, habitaron y contemplaron las murallas del castro de Baroña. Mientras esta noción quede al margen del estudio de la materialidad, existirán páginas en blanco en los discursos arqueológicos sobre las comunidades antiguas. En este sentido, considerar las percepciones y experiencias determinadas

por la arquitecturización del paisaje propio del modelo de poblamiento castreño puede ser una vía fructífera de análisis que complemente los estudios territoriales.

Las sociedades de la Edad del Hierro en el noroeste peninsular buscaban su propia idea de bienestar. En relación con la elección del emplazamiento de los poblados, y las formas materiales que adoptaban en su construcción, este concepto se podría vincular a la búsqueda de una sensación de seguridad para sus habitantes, y la generación de paisajes estéticamente atractivos o sugerentes. Esta búsqueda del bienestar no solo se tradujo en determinadas decisiones locacionales al establecer sus asentamientos, también se observa en la propia constitución interna de los poblados, en la relación entre sus diferentes espacios, y en las relaciones del poblado con el exterior. Estas premisas resultan coherentes al comparar las variaciones en la ubicación y morfología de estos yacimientos en un estudio diacrónico, diluyéndose este criterio de bienestar, de la misma forma que lo hicieron otros aspectos culturales de la sociedad indígena al llegar la fase de ocupación e influencia romana.

A raíz de los planteamientos que sustentan este trabajo, las murallas de los castros se habrían erigido como un elemento activo en la configuración de las experiencias propias de las comunidades de la Edad del Hierro. Se convertirían en dispositivos que acentuaron determinadas percepciones, como la búsqueda de una sensación de seguridad para sus habitantes. También es posible plantear que las murallas desempeñarían papeles activos como repositorios de memoria para la comunidad, al materializar recuerdos y consensos referentes a épocas previas en las que el conflicto habría estado muy presente en la cotidianeidad de sus antepasados. Por otro lado, estos sentidos y estos factores experienciales no se habrían mantenido constantes a lo largo del I milenio a.C., por lo que el papel de las murallas habría variado durante este período. Queda pendiente, por ello, profundizar en la comprensión de su(s) sentido(s) en función de las coordenadas cronológicas y geográficas concretas desde las que exploremos los paisajes castreños del noroeste ibérico. En este sentido, durante la Segunda Edad del Hierro las murallas perderían su vocación defensiva, atestiguando un período de convivencia entre comunidades vecinas, y enfatizando ciertas percepciones e ideas estéticas que habrían primado en la hu-

manización de los paisajes habitados. En este marco, los procesos de arquitecturización de los poblados, crecientemente monumentalizados, generan el contexto comprensivo desde el que aproximarnos al valor social, simbólico y defensivo que desempeñarían las murallas castreñas, junto a otros elementos defensivos, y factores locacionales como la selección de los emplazamientos (en función de las relaciones visuales con su entorno) donde erigir los poblados castreños.

### Financiación

El trabajo de RGC para preparar este artículo ha sido posible gracias a un contra-

to de técnico del Programa Investigo de la Xunta de Galicia, financiado por la Unión Europea-NextGenerationEU. El trabajo de DGA ha sido facilitado por un contrato postdoctoral Juan de la Cierva-Incorporación 2019 (Ref. IJC2019-040603-I) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España (MCIN/AEI/10.13039/501100011033).

### Materiales suplementarios

En el repositorio Digital.CSIC se encuentran accesibles los materiales de elaboración propia descritos en la Tabla 1: <https://digital.csic.es/handle/10261/256573>

### Bibliografía

- Álvarez González, Y. (2021): *Espacios y paisajes castreños en la cuenca media del Miño desde sus orígenes hasta la dominación romana*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Ayán-Vila, X.M. (2013): Todo queda en casa: Espacio doméstico, poder y división social en la Edad del Hierro del NW de la península ibérica. *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio* (S. Gutiérrez Lloret e I. Grau Mira, eds.). Universidad de Alicante, Alicante: 39-56.
- Ayán-Vila, X.M. (2015): Territorios en fuga: estudios críticos sobre las fortificaciones de la Edad del Hierro del Noroeste. *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio* (Ó. Rodríguez, R. Portilla, J.C. Sastre-Blanco, y P. Fuentes, eds.). Glyphos, Valladolid: 31-50.
- Berrocal-Rangel, L. (2004): La defensa de la comunidad: Sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas de la Península Ibérica. *Gladius*, 24: 27-98. <https://doi.org/10.3989/gladius.2004.36>.
- Berrocal-Rangel, L. (2008): Episodios de guerra en los poblados indígenas de Hispania Céltica: criterios para la identificación arqueológica de la conquista romana. *Saldvie*, 8: 181-191.
- Berrocal-Rangel, L. y Moret, P. (2010): Les fortifications de l'Hispanie celtique. *Murus celticus. Architecture et fonctions des remparts de l'âge du Fer* (S.T. Fichtl, ed.). Bibracte, Centre archeologique européen, Glux-en-Glenne: 335-354.
- Bowden, M. y McOmish, D. (1987): The required barrier. *Scottish Archaeological Review*, 4(2): 76-84.
- Brück, J. (2005): Experiencing the past? The development of a phenomenological archaeology in British prehistory. *Archaeological Dialogues*, 12(1): 45-72. <https://doi.org/10.1017/S1380203805001583>
- Büchsenschütz, O. (1984): *Structures d'habitats et fortifications de l'Âge du Fer en France septentrionale*. Société Préhistorique Française, Paris.
- Calo Lourido, F. (2003): El icono guerrero galaico en su entorno cultural. *Madrider Mitteilungen*, 44: 33-40.
- Calo Lourido, F. y Soeiro, T. (1986): *Castro de Baroña. Campañas 1980/84*. Xunta de Galicia (Arqueoloxía/Memorias; 6), Santiago de Compostela.
- Camino Mayor, J. (1995): *Los castros marítimos en Asturias*. Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- Carballo Arceo, L.X. (1996): Os castros galegos: Espacio e Arquitectura. *Gallaecia*, 14-15: 309-357.
- Cerrillo Cuenca, E. y López López, A. (2020): Evaluación y perspectivas del uso del LiDAR en la arqueología española. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 39: 221-238.
- Collis, J.R. (1984): *The European Iron Age*. Routledge, London.
- Concheiro Coello, Á. (1996): *Castro de Baroña: memoria das actuacións arqueolóxicas 1994, 1995 e 1996*. Dirección Xeral de Cultura e Patrimonio Histórico-Artístico. [URL: <http://biblioteca.galicianagal.pt/consulta/registro.do?id=16595>], Santiago de Compostela.
- Cordeiro Maañón, L. (2015): Análisis de los asentamientos costeros en el sector oriental de la provincia de Lugo. *Evolución de los espacios urbanos y sus territorios en el Noroeste de la Península Ibérica* (R. Martínez Peñín y G. Caverro Domínguez, eds.). Universidad de León, León: 93-122.

- Costa-García, J.M. (2018): Rediscovering the Roman Conquest of the North-Western Iberian Peninsula. *Conflict Archaeology: Materialities of Collective Violence from Prehistory to Late Antiquity* (M.A. Fernández-Götz y N. Roymans, eds.). Routledge (Themes in Contemporary Archaeology; 5), London: 141-151.
- Criado-Boado, F. (1993): Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. *SPAL*, 2: 9-55. <https://doi.org/10.12795/spal.1993.i2.01>.
- Criado-Boado, F. y Mañana-Borrazás, P. (2003): Arquitectura como materialización de un concepto. La espacialidad Megalítica. *Arqueología de la Arquitectura*, 2: 103-111. <https://doi.org/10.3989/arq.arqt.2003.31>.
- Cunliffe, B. (2010): *Iron Age Communities in Britain. An account of England, Scotland and Wales from the Seventh Century BC until the Roman Conquest, 4<sup>th</sup> Edition*. Routledge, London.
- Currás Refojos, B. (2019): *Las sociedades de los castros entre la Edad del Hierro y la dominación de Roma. Estudio del paisaje del Baixo Miño*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Dobres, M.A. y Robb, J.E. (2000): *Agency in Archaeology*. Routledge, London.
- Fábrega-Álvarez, P. (2020): Píxeles de piedra. Visibilidad y ocultación en el oppidum de San Cibrán de Las (Ourense). *Trabajos de Prehistoria*, 77(2): 303-319. <https://doi.org/10.3989/tp.2020.12258>.
- Fábregas Valcarce, R.; Rodríguez Rellán, C. y Rodríguez Álvarez, E. 2008: Naturaleza y distribución espacial de los grabados rupestres del Norte de la Península do Barbanza (A Coruña). *Espacio Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 1: 191-208. <https://doi.org/10.5944/etfi.1.2008.1944>.
- Fernández Ochoa, C. y Morillo Cerdán, Á. (2015): La romanización atlántica: modelo o modelos de implantación romana en el noroeste peninsular. *Portugalia, Nova Série*, 36: 183-197.
- Fernández-Posse, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis. Madrid.
- Fernández-Posse, M.D. y Sánchez-Palencia, F.J. (1998): Las comunidades campesinas en la Cultura Castreña. *Trabajos de Prehistoria*, 55: 127-150. <https://doi.org/10.3989/tp.1998.v55.i2.307>.
- Field, S.; Waite, M. y Wandsnider, L. (2017): The utility of UAVs for archaeological surface survey: A comparative study. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 13: 577-582. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2017.05.006>.
- García-Quintela, M. V. y González-García, A. C. (2016): Entre el cielo, el mar y la tierra: el santuario rupestre del castro de Baroña (Porto do Son, A Coruña). *Gallaecia*, 35: 1-38.
- González García, F.J. (2006): El Noroeste de la Península Ibérica en la Edad del Hierro: ¿Una sociedad pacífica? *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 53(119): 131-155. <https://doi.org/10.3989/ceg.2006.v53.i119.5>.
- González García, F.J. (2009): Between warriors and champions: warfare and social change in the Later Prehistory of the North-Western Iberian Peninsula. *Oxford Journal of Archaeology*, 28(1): 59-76. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0092.2008.00319.x>.
- González García, F.J. (2017): Exploring Alternative Pathways to Social Complexity in the European Iron Age: The Northwestern Iberian Peninsula as a Case Study. *Cambridge Archaeological Journal*, 27(2): 295-311. <https://doi.org/10.1017/S0959774316000718>.
- González Ruibal, A. (2004): Facing two seas: Mediterranean and Atlantic contacts in the North-West of Iberia in the First Millennium BC. *Oxford Journal of Archaeology*, 23(3): 287-317. <https://doi.org/10.1111/j.1468-0092.2004.00213.x>.
- González Ruibal, A. (2006-2007): *Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. – 50 d.C.)*. Museu Arqueolóxico e Histórico Castelo de San Antón (Brigantium; 18-19), A Coruña.
- González Ruibal, A. (2012): The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age northern Iberia. *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area* (G. Cifani y S. Stoddart, eds.). Oxbow Books, Oxford: 245-266.
- González Ruibal, A.; Rodríguez Martínez, R.; Aboal Fernández, R. y Castro Hierro, V. (2007): Comercio mediterráneo en el castro de Montealegre (Pontevedra, Galicia), s.II a.C.-inicios del s.I d.C. *Archivo Español de Arqueología*, 80: 43-74. <https://doi.org/10.3989/aespa.2007.v80.27>.
- González-Álvarez, D. (2016): *Poblamiento y antropización de la montaña occidental cantábrica durante la Prehistoria reciente: una aproximación desde la Arqueología del Paisaje*. Universidad Complutense de Madrid. [URL: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/39363/>], Madrid.
- Gosden, C. (2001): Making sense: Archaeology and aesthetics. *World Archaeology*, 33(2): 163-167. <https://doi.org/10.1080/00438240120079226>.

- Hamilton, S. y Manley, J. (2001): Hillforts, Monumentality and Place: A Chronological and Topographic Review of First Millennium BC Hillforts of South-East England. *European Journal of Archaeology*, 4(1): 7-42. <https://doi.org/10.1179/eja.2001.4.1.7>.
- Hamilton, S.; Whitehouse, R.; Brown, K.; Combes, P.; Herring, E. y Thomas, M. (2006): Phenomenology in practice: Towards a methodology for a 'subjective' approach. *European Journal of Archaeology*, 9(1): 31-71. <https://doi.org/10.1177/1461957107077704>
- Hill, J.D. y Cumberpatch, C.G. (1993): Volviendo a pensar la Edad del Hierro. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-137. <https://doi.org/10.3989/tp.1993.v50.i0.493>.
- Hingley, R. (1990): Boundaries surrounding Iron Age and Romano-British settlements. *Scottish Archaeological Review*, 7: 96-103.
- Ingold, T. (2000): *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge, London.
- Jordá-Pardo, J.F.; Abad, E.; Picón, I.; Zandueta, V.; Rey, J. y Marín, C. (2009): Radiocarbon and Chronology of the Iron Age Hillforts of Northwestern Iberia. *Interpretierte Eisenzeiten. Fallstudien, Methoden, Theorie. Tagungsbeiträge der 3 Linzer Gespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie* (R. Karl y J. Leskovar, eds.). Oberösterreichischen Landesmuseum (Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich; 22), Linz: 69-86.
- Jordá-Pardo, J.F.; Rey, J.; Picón, I.; Abad, E. y Marín, C. (2020): Cronología radiocarbónica de la edad del hierro del noroeste de iberia. Diez años después del congreso interpretierte eisenzeiten. Fallstudien, methoden, theorie, Linz 2008. *Cultura Castreja: Identidade e Transições. Atas do Congresso Internacional Cultura Castreja: Identidade e Transições, Vol. I* (R. Centeno, R. Morais, T. Soeiro y D. Ferreira, eds.). Edição Câmara Municipal de Santa Maria da Feira, Santa Maria da Feira: 41-61.
- Lévi-Strauss, C. (1984): *Paroles données*. Plon, Paris.
- López González, L.F. (2015): *Memoria de acondicionamento e consolidación arqueolóxica no Castro de Baroña (Porto do Son, A Coruña)*. Dirección Xeral de Patrimonio Cultural. [URL: <http://biblioteca.galiciiana.gal/pt/consulta/registro.do?id=16378>], Santiago de Compostela.
- López Marcos, M.Á.; Álvarez González, Y. y López González, L.F. (2011): Arquitectura defensiva en el Castro de Castromaior (Lugo). Análisis de las técnicas constructivas en el acceso al recinto central del poblado. *Arqueología de la Arquitectura*, 8: 47-63. <https://doi.org/10.3989/arqarqt.2011.10017>.
- Marín Suárez, C. (2011): *De nómadas a castreños. Arqueología del primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental cantábrico*. Universidad Complutense de Madrid. [URL: <https://eprints.ucm.es/14435/>], Madrid.
- Marín Suárez, C. y González-Álvarez, D. (2011): La romanización del Occidente Cantábrico: de la violencia física a la violencia simbólica. *Férvedes*, 7: 197-206.
- Martins, V.; Dubert, J.; Jouanneau, J.M.; Weber, O.; Ferreira da Silva, E.; Patinha, C.; Alveirinho Dias, J.M. y Rocha, F. (2007): A multiproxy approach of the Holocene evolution of shelf-slope circulation on the NW Iberian Continental Shelf. *Marine Geology*, 239(1-2): 1-18. <https://doi.org/10.1016/j.margeo.2006.11.001>.
- Méndez Fernández, F. (1994): La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego. *Trabajos de Prehistoria*, 51(1): 77-94. <https://doi.org/10.3989/tp.1994.v51.i1.465>.
- Moore, T. y Armada-Pita, X.L. (eds.) (2011): *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford University Press, Oxford.
- Moore, T. y González-Álvarez, D. (2021): Societies against the Chief? Re-examining the value of 'heterarchy' as a concept for examining European Iron Age societies. *Power from Below: Commoners and Elites in the Archaeological Record* (T.L. Thurston y M. Fernández-Götz, eds.). Cambridge University Press, Cambridge: 125-156. <https://doi.org/10.1017/9781009042826.007>.
- Moret, P. (2001): Del buen uso de las murallas ibéricas. *Gladius*, 21: 137-144. <https://doi.org/10.3989/gladius.2001.81>.
- Nikolakopoulos, K.G.; Soura, K.; Koukouvelas, I.K. y Argyropoulosa, N.G. (2017): UAV vs classical aerial photogrammetry for archaeological studies. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 14: 758-773. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2016.09.004>.
- O'Driscoll, J. (2018): Landscape applications of photogrammetry using unmanned aerial vehicles. *Journal of Archaeological Science: Reports*, 22: 32-44. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2018.09.010>.
- Parcero-Oubiña, C. (2000): Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico. *Trabajos de Prehistoria*, 57(1): 75-95. <https://doi.org/10.3989/tp.2000.v57.i1.261>.

- Parcerro-Oubiña, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*. Fundación F.M.Ortegalia, Ortigueira.
- Parcerro-Oubiña, C. (2003): Looking forward in anger: Social and political transformations in the Iron Age of the North-Western Iberian Peninsula. *European Journal of Archaeology*, 6(3): 267-299. <https://doi.org/10.1179/eja.2003.6.3.267>.
- Parcerro-Oubiña, C. (2005): Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica. *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores* (A. Blanco, C. Cancelo, y Á. Esparza, eds.). Universidad de Salamanca, Salamanca: 11-33.
- Parcerro-Oubiña, C.; Armada-Pita, X. L. y Ayán-Vila, X.M. (2017): Castros en la escalera: el Noroeste entre la normalidad y la indiferencia. *La Protohistoria en la península ibérica* (S. Celestino Pérez, ed.). Istmo, Madrid: 813-878.
- Parcerro-Oubiña, C.; Ayán-Vila, X.M.; Fábrega-Álvarez, P. y Teira-Brión, A.M. (2007): Arqueología, Paisaje y Sociedad. *Los pueblos de la Galicia céltica* (F.J. González García, ed.). Akal, Madrid: 131-258.
- Parcerro-Oubiña, C.; Criado-Boado, F. y Santos-Estévez, M. (1998): Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions. *World Archaeology*, 30(1): 159-176. <https://doi.org/10.1080/00438243.1998.9980403>.
- Pecci, A. (2020): Digital survey from drone in archaeology: potentiality, limits, territorial archaeological context and variables. *IOP Conference Series: Materials Science and Engineering*, 949: 012075. <https://doi.org/10.1088/1757-899x/949/1/012075>.
- Quesada Sanz, F. (2001): En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos. *Gladius*, 21: 145-153. <https://doi.org/10.3989/gladius.2001.82>.
- Rodríguez Corral, J. (2012): Las imágenes como un modo de acción: las estatuas de guerreros castreños. *Archivo Español de Arqueología*, 85: 79-100. <https://doi.org/10.3989/aespa.085.012.005>.
- Romero Masiá, A. (1980): Asentamientos castreños costeros no Norde de Galicia. *Gallaecia*, 6: 61-80.
- Ruiz-Gálvez, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*. Crítica, Barcelona.
- Santos-Estévez, M. (2007): *Petroglifos y Paisaje social en la Prehistoria reciente del Noroeste de la Península Ibérica*. Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento, CSIC (TAPA; 38), Santiago de Compostela.
- Sastre Prats, I. (2008): Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest. *Current Anthropology*, 49(6): 1021-1051. <https://doi.org/10.1086/529423>.
- Sastre Prats, I. (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Ediciones Clásicas, Madrid.
- Sharples, N. (1991): Warfare in the Iron Age of Wessex. *Scottish Archaeological Review*, 8: 79-89.
- Škorić, M. y Kišjuhas, A. (2020): Habitat Selection and the Evolutionary Aesthetics of Landscape Preference. *Documenta Praehistorica*, 47: 494-507. <https://doi.org/10.4312/dp.47.28>.
- Tilley, C. (1994): *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Berg, Oxford
- Torres Martínez, J.F.; Fernández Götz, M.A.; Martínez Velasco, A.; Cabanillas de la Torre, G.; Vacas Madrid, D. y Martín Hernández, E. (2015): Las fortificaciones protohistóricas del área cantábrica: aspectos defensivos, sociales y simbólicos. *Gallaecia*, 34: 57-82.
- Vázquez Martínez, A.; Rodríguez Rellán, C. y Fábregas Valcarce, R. (2018): Petroglifos gallegos, una perspectiva desde el siglo XXI. *Cuadernos de Arte Prehistórico*, 6: 61-83.
- Villa Valdés, Á. (2007): El Chao Samartín (Grandas de Salime) y el paisaje fortificado en la Asturias Protohistórica. *Paisajes fortificados en la Protohistoria de la Península Ibérica* (P. Moret y L. Berrocal-Rangel, eds.). Real Academia de la Historia, Madrid: 191-212.